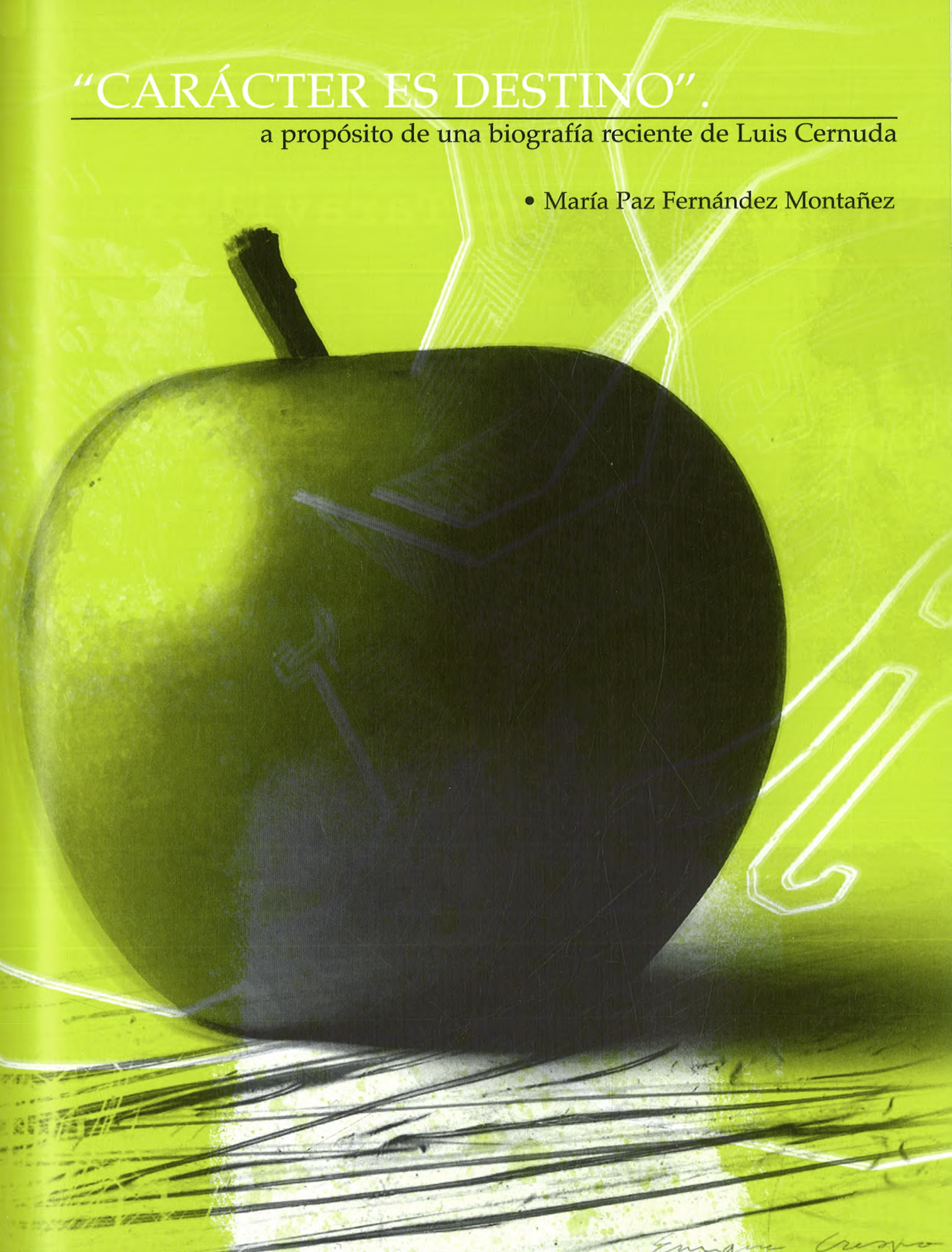
"CARÁCTER ES DESTINO".

a propósito de una biografía reciente de Luis Cernuda

• María Paz Fernández Montañez



LUIS CERNUDA

Antonio Rivero Taravillo

Años españoles (1902-1938)

Biografía

XX Premio Comillas

"CARÁCTER ES DESTINO".

a propósito de una biografía reciente de Luis Cernuda

"Carácter es destino". Las palabras finales de *Historial de un libro*, ese breve escrito que Luis Cernuda legara como magistral testimonio de reflexión sobre su vida y obra, ponen de manifiesto la responsabilidad que el poeta atribuye, en el desarrollo de su devenir vital, a las cualidades innatas de su personalidad. Es digno de anotarse que los términos griegos empleados por Heráclito, el autor de la máxima utilizada, son *ethos* y *daimon*, pues aclaran quizás mejor que los castellanos la identificación de "carácter", que es también "conducta", por un lado, con "destino", que es en realidad "demonio" o "genio personal" que impulsa y encamina la vida de cada ser humano, por otro. No es baladí, por tanto, que aquel que se sienta atraído por conocer la vida de Luis Cernuda y quiera establecer la relación entre su obra poética y sus experiencias vitales, atendiendo a la invitación que el propio poeta hace al comienzo de este su único libro realmente autobiográfico, se pregunte por los rasgos definidores de un carácter capaz de marcar su vida con tanta determinación e intente bucear en los entresijos de su vida interior. A este respecto me gustaría destacar una importante declaración del propio Cernuda en este mismo libro: su reconocimiento de pertenencia a la primera de las dos categorías de hombre establecidas por Coleridge, la de los platónicos, a pesar de su expresa confesión de haber aprendido con el tiempo a dominar su innato y cándido idealismo.

Aunque la clave de su extraña personalidad se encontraba ya apuntada en estas palabras autobiográficas de 1958, hacía falta conocer al detalle la peripecia vital del poeta para poder verificarlo. Ya desde antes de su muerte en 1963, muchos han sido los escritos sobre su vida que han ido facilitando este apasionante reto. Sobre todo tras el centenario de su nacimiento, donde a trabajos ya por entonces clásicos –en su mayoría debidos a amigos que lo trataron– se unían su magno

epistolario, un álbum de alto interés y excepcional belleza (productos ambos de la laboriosa dedicación de Valender), estudios de distintos especialistas y hasta dos breves biografías, la de Emilio Barón, que corregía y aumentaba sensiblemente la edición de 1990, y la de Jordi Amat. Así pues, los cimientos para la titánica empresa de reconstrucción o resurrección de la vida de Luis Cernuda ya estaban preparados cuando Antonio Rivero Taravillo decidió acometer la ardua tarea de ofrecer a los lectores una completa y detallada biografía de nuestro poeta, nacida con vocación de ser la definitiva. Algo más de un trienio ha tenido que pasar, desde que en el 2008 Tusquets publicara *Luis Cernuda. Años españoles (1902-1938)*, primera entrega que mereció el galardón del XX Premio Comillas, para que sus lectores pudieran contemplar en su totalidad con el segundo tomo, *Luis Cernuda. Años de exilio (1938-1963)*, ese "espejo de cuerpo entero del poeta" que Rivero prometiera en la introducción del primer volumen. Leer con atención la obra del poeta, así como lo mucho y valioso publicado sobre su vida –el propio autor nos da cuenta de ello en la citada introducción–, entrevistar a casi todos aquellos que lo conocieron y aún viven, bucear en archivos y, ya para el segundo volumen, viajar a las ciudades que habitó, visitar los escenarios cotidianos del vivir del poeta, impregnándose de ellos, ha sido, según propia confesión, el método seguido.

CINCUENTENARIO DE LA MUERTE DE CERNUDA

La bibliografía anterior era excelente. No partía de poco, desde luego; pero, consciente de ello, agudiza su sentido crítico, analiza y contrasta en la medida de lo posible todos los datos disponibles para validarlos. Por eso no se conforma con leer lo publicado, busca además tesis inéditas y galeradas de actas de congresos aún no publicadas, establece remotos contactos que puedan aportar algo a su propósito. Este gusto por el detalle y la precisión, junto con el uso de la tradicional estructura cronológica y la objetividad con que es tratada la figura del biografiado –ya sus títulos neutros, no marcados, hacen ver que no se ha adoptado ningún punto de vista previo–, produce en el lector la sensación de ir acompañando a Luis Cernuda en su vivir cotidiano a lo largo de los 29 capítulos (14+15) de la obra, sobre todo durante los turbulentos años treinta y sus desdichados días de Coyoacán. Rivero sitúa en el contexto vital del poeta la fecha exacta de muchas de sus composiciones, logrando así que el lector asista como testigo a la gestación de su obra y perciba en ella matices que antes pasaban inadvertidos. Como es lógico, todavía quedan episodios necesitados de un mayor conocimiento y cuestiones aún no del todo resueltas que darían materia para futuros y deseados estudios parciales, con los que se completaría la visión de conjunto; pero tanto es ya lo avanzado con esta monografía que se podría decir que la hasta ahora pendiente tarea de biografiar en profundidad a Luis Cernuda ya ha sido realizada. Hito importante en un país que tanto escasea de literatura biográfica.

Tres son, a nuestro entender, las aportaciones más destacadas de este ensayo: la detallada descripción de la actividad de Cernuda como miembro de las Misiones Pedagógicas, la investigación sobre los dos amados más importantes del poeta –Serafín Fernández Ferro y Salvador Alighieri– y la reproducción fragmentada de la todavía inédita correspondencia con Salvador de Madariaga, conservada en el Instituto José Córnide de Estudios Coruñeses. A lo largo del primer volumen nos encontramos detalles desconocidos como la ausencia paterna del domicilio familiar durante dos años al comienzo de la pubertad del poeta, sin duda trascendental para su desarrollo afectivo; y otros ya conocidos, pero que adquieren nuevo significado al mostrarse contextualizados. Así el testimonio de Suzanne Brau sobre el deslumbramiento que produjo Cernuda en sus alumnas de Toulouse realza el hecho de que precisamente tome la decisión de esconderse tras el disfraz de dandi en el único lugar donde su persona siempre gris no pasa desapercibida. En carta a Higinio Capote (150 del *Epistolario*) informa que ya acabó su "etapa sincera".

Muy acertada es la atención prestada a aquellos jóvenes que fueron amados por Cernuda durante su juventud. Rivero propone una muy bien fundamentada hipótesis sobre quién podría estar tras las siglas CH. W. aparecidas en un escrito privado del poeta, que no sería otro que Lafcadio Wluiki, el personaje de Gide, un estricto amor platónico en el sentido más popular del término; y otra, también posible, sobre la identidad del guapo cabo mencionado en "Sombras" de *Ocnos*. Se hace eco de la noticia dada por Villena, pero poco divulgada, sobre su enamoramiento pasajero de Emilio Prados. De Gerardo Carmona, muy conocido por las fotografías que de él Cernuda siempre conservó en recuerdo de una gozosa relación sentimental y por ello el amado elegido para describir la plenitud vital en "El amante", habla con detenimiento a través de las memorias de sus hermanos Manuel y Darío. Se alinea con Valender y Barón frente a Villena en considerar a Stanley Richardson amado del poeta.

Pero lo más trascendental son los datos nuevos aportados en el primer volumen y luego completados en el segundo (parte de los mismos puede leerse en el núm. 9 de esta revista, junto con otros referentes a Salvador), fruto exclusivamente de su investigación o de la compartida con el periodista Antonio Bertrán sobre Serafín Fernández Ferro, el vagabundo adolescente presentado por Lorca por el

que tanto padeció. De Serafín aporta, junto a datos objetivos que demuestran que era más joven de lo que se creía y que adelantan la fecha de su muerte, otros más controvertidos, como la fecha en que se conocieron el poeta y él. Tras considerar Valender y Chica durante un tiempo que la crucial historia amorosa que inspira *Donde habite el olvido* comenzó en la primavera de 1931, la dirección aparecida en la nota que como tarjeta de presentación García Lorca dio a Serafín para Cernuda les hizo aconsejable retrasar el encuentro de los amantes hasta el otoño. La cuestión parecía resuelta; sin embargo, el cotejo de la datación del poema "Como leve sonido" dedicado al muchacho y la edición facsimilar del poemario hacen al autor proponer de nuevo la estación primaveral como la época de su primer encuentro y, consecuentemente, a Serafín como el amado de algunos poemas de *Los placeres prohibidos*. Leyendo su *Epistolario* parece desde luego que por estas fechas primaverales Cernuda está feliz y enamorado y podría coincidir con el breve periodo de felicidad conocido en los inicios de su relación; pero, al margen de los argumentos esgrimidos por el propio Rivero (que presenta el cambio de fechas con cautela, señalando también los argumentos en contra), las declaraciones de Cernuda en *Historial de un libro* parecen situar la relación amorosa en el breve período de descanso que media entre los dos libros. Con este nuevo punto de vista de Rivero una controvertida cuestión que parecía zanjada vuelve a abrirse.

Muy valioso también para el conocimiento de estos años españoles es el detenido estudio que realiza sobre su compromiso político durante la República y la guerra civil. Haciendo uso de fotografías, cartas y anotaciones del poeta en su diario, Rivero nos presenta un estudio sistemático del día a día de Cernuda como miembro del itinerante museo del pueblo de Misiones Pedagógicas. Asimismo, la evolución del pensamiento político de Cernuda, la debatida cuestión de su posible comunismo, está muy bien tratada. Los importantes acontecimientos acaecidos en Valencia en el verano del 37, durante la celebración del Congreso de Escritores e Intelectuales Antifascistas, muy conocidos en su mayoría, se ven enriquecidos por lo contado en las memorias de Carmen García Antón, no muy divulgadas, que nos hace conocer que también Cernuda fue interrogado tras el incidente de la pérdida de la maleta diplomática de su gran amiga Concha de Albornoz. Ya pocas dudas quedan sobre la línea divisoria que produjeron en la actitud política del poeta estos acontecimientos, tal como Valender en el *Álbum* proponía. Aclarado queda también, tras el cotejo del documento, que el Luis Cernuda del que hablaba Sicot como afiliado en enero del 38 a la organización anarquista Solidaridad Internacional Antifascista era otro. Mucho se ha avanzado sobre su actuación en la guerra, pero aún quedan cosas por saber. Por ejemplo, Rivero acota el período

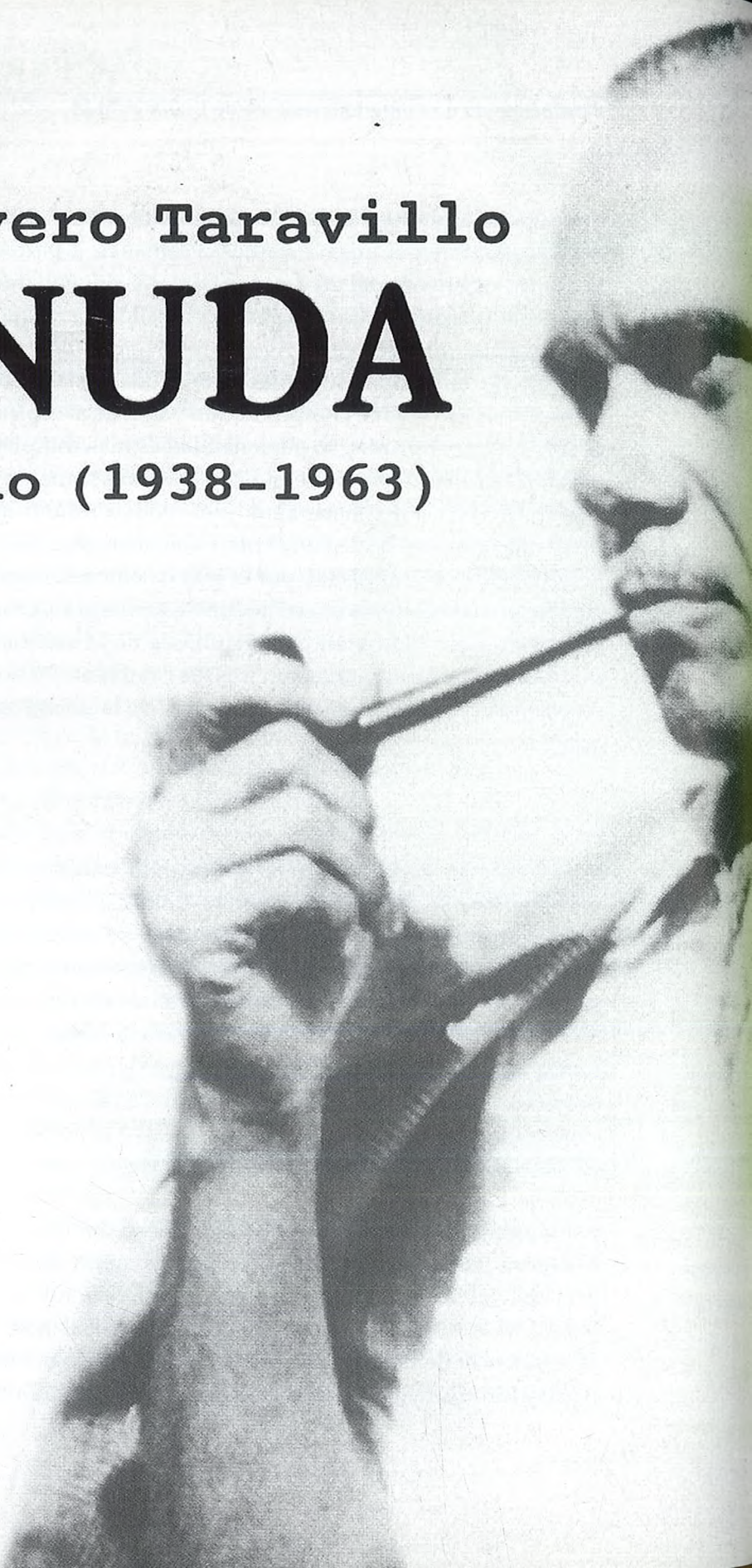
que Cernuda permanecería como combatiente en el Batallón Alpino, reduciendo su estancia en el mismo a escasas semanas, a partir de una carta del poeta a Fernández-Canivell del 25 de enero del 37; sin embargo, sigue sin aclararse qué es lo que ocurrió en el mencionado batallón para que Serrano Plaja, tal como nos informa Valender en el *Álbum*, tuviera que intervenir reclamándolo para la Alianza de Intelectuales Antifascistas. Todas estas actuaciones nos muestran a Cernuda como hombre comprometido y acorde al espíritu de su tiempo; pero esta es sólo una de sus caras, su personalidad es más compleja: recordemos el "Díptico español" o la carta donde se queja a José Luis Cano de sólo escuchar una de sus múltiples voces. El conocimiento del motivo íntimo que lo lleva a recorrer los olvidados pueblos de España como misionero nos descubre su cara más oculta, la del poeta que, impulsado por el mal de amores, marcha de la ciudad al campo cual Sincero en *La Arcadia*. Los poemas escritos por Cernuda durante la guerra nos muestran sobre todo a un poeta en busca de la esencia de su país, de los signos imperecederos que se esconden tras las cambiantes y dolorosas circunstancias del momento. En ello se aleja decididamente de la poesía combativa de tantos poetas amigos.

Pero es necesario llegar al segundo volumen, de lectura imprescindible para conocer su evolución y deriva final. Es en estos años de madurez cuando, según mi opinión, su mundo interior se convierte en el timón de su vida. Incompleto quedaría además el seguimiento de la trayectoria del pensamiento político de Luis Cernuda si no conociéramos determinadas actitudes y decisiones tomadas en el exilio, que dejan constancia, a la vez que de su integridad y coherencia moral (por ejemplo, cuando estando en una extrema necesidad rechaza una oferta de participar en una revista de los dominicos por no desairar a los republicanos aún combatientes), de su pertenencia a la llamada tercera España. Una carta a Salvador de Madariaga utilizada por Rivero para demostrar esta pertenencia avala la importancia que tienen los detalles para aclarar asuntos poco conocidos y a la vez aportar luz sobre la personalidad del biografiado. En el fragmento de la misiva reproducido Cernuda arremete contra don Alberto Jiménez Fraud, en principio de forma arbitraria. Una prueba más de su mal carácter, tantas veces invocado. Ahora bien, Margarita Sáenz de la Calzada, en su libro reciente sobre la Residencia de Estudiantes, cita a Cernuda, recogiendo el dato de un estudio de Álvaro Ribagorda, entre los personajes ilustres no admitidos a la misma. Con ello

LUIS CERNUDA

Antonio Rivero Taravillo

Años de exilio (1938-1963)



Biografía

se aclara que Cernuda no desechó la pretensión mantenida durante un tiempo de vivir en la Residencia, como cree Rivero, sino que parece que lo intentó sin éxito. Esto explicaría además que los sentimientos mostrados en la carta contra el antiguo director del prestigioso centro no eran tan inmotivados. Cernuda tenía sus razones y él nunca olvidaba una ofensa.

El poeta siempre creyó en la existencia de una leyenda negra sobre su persona, que le atribuía un carácter frío y misantrópico y de cuyo origen culpaba a Pedro Salinas y Jorge Guillén. Sus cartas avalan su carácter difícil y a veces injusto. Ahora bien, ¿estaría en lo cierto? Sólo con leer la correspondencia entre Salinas y Guillén se ve que sus recelos eran fundados. Conocida también es su animadversión hacia Emilio Prados. Jordi Amat en su biografía presenta la semblanza de Max Aub a la muerte de Cernuda, en la cual cree recordar que el poeta no fue al velorio de Prados, pues "era firme en todo, más en sus absurdos". El dramaturgo llevaba razón: Luis Cernuda no asistió, por entonces residía en San Francisco; pero, ¿era realmente tan absurda su enemistad con Prados? En la carta 228 del *Epistolario*, fechada en 1934, Cernuda hace referencia a ciertos infundios que, según los hermanos Carmona, Emilio iba divulgando de él. Otra noticia dada por Rivero, a través de José de la Colina, me hace pensar que seguramente era Prados quien contaba la conocida anécdota del llanto de Cernuda al no poder comprar camisas de seda, que atribuíamos a Moreno Villa al contarla en *Vida en Claro*, sin percatarnos de que allí aparece un "dicen". Quizá no iba tan descaminado cuando se sentía víctima de una leyenda negra. "La víctima provoca al verdugo inocente" se lee en el terrible y desolado poema "El César" y me pregunto si en esta sorprendente decisión, que tanto extrañó a Jorge Guillén, de prestarle voz poética nada menos que a Tiberio no subyacerá el hecho de haber sido este también objeto de una leyenda negra. Y esto mismo quizá explique algo más su predilección por Felipe II, acrecida en sus años británicos. La leyenda negra de nuestro rey renacentista nace y se difunde fundamentalmente en territorios norteños, lo que puede ayudar a explicar aún más el uso de El Escorial y Felipe II como símbolos del idealismo castellano y español, del contemplativo hombre sureño frente al materialismo del fabril hombre norteño. Las cartas de Madariaga aportan la evidencia del influjo ejercido por el pensador en la visión mítica de Cernuda sobre Castilla y nuestro Siglo de Oro y, tal como dice Rivero, confirman una sospecha anterior de que la lectura de los libros de Madariaga influyó en la composición del poema "Quetzalcóatl".

Cernuda busca en estos años británicos la esencia de sí mismo, su mito personal, acudiendo a la edad dorada de la infancia y primera juventud. En el

desolado exilio, en el tiempo infernal de Glasgow surge *Ocnos*, escrito por necesidad imperiosa, sin saber para qué ni para quién, como vemos en distintas cartas a Nieves Mathews (353 y 356 del *Epistolario*), temiendo que no sólo su vida, como leyó en el epitafio de Keats, sino la razón de la misma, su escritura, no fuera más que aquel "Escrito en el agua", al hilo del que habla Sócrates en el *Fedro*, meros juncos trenzados para pasar el tiempo. La relación estrecha que existe entre su vida y su obra y el carácter pasional que subyace en su vocación poética y sus amores se hacen patentes al observar la misma reacción de Marsias, símbolo del auténtico poeta en el relato del mismo nombre escrito entre diciembre del 40 y enero del 41, que teme pero no rehúye el castigo de Apolo ("no pudo ni quiso defenderse"), y de Cernuda, que no viaja a Londres por Navidad, según sabemos por carta a Martínez Nadal de ese mismo diciembre (346 del *Epistolario*), porque sería cobarde huir de la persona amada. Y, lo que es más trascendente, en esa misma carta le comunica que ha rechazado un puesto de trabajo en Cuba por no separarse de su amor. "No acepté por no huir del miedo a una pasión", dice en un escrito del 47 hablando de este mismo hecho, según cuenta Ramoneda en su *Álbum*. Lo que nos desvela otro rasgo de la personalidad de Cernuda: el componente pasional con que vive el amor a los muchachos y su dedicación a la poesía. Su entrega a ambas pasiones quedará demostrada años más tarde, ya en América, con su decisión de abandonar trabajo digno y posición decorosa en Nueva Inglaterra para marchar a México, donde ni siquiera tenía un visado de permanencia indefinida, a impulsos de su amor por Salvador y del temor de que ese su vivir sin estar viviendo pudiera perjudicar a su poesía. En un arrebato de idealismo quemó las naves, como su admirado Hernán Cortés.

CINCUENTENARIO DE LA MUERTE DE CERNUDA

El capítulo décimo está dedicado a Salvador Alighieri, a quien Valender descubrió tras la x de *Historial de un libro*. Su contenido está basado fundamentalmente en las entrevistas realizadas por el periodista Antonio Bertrán en el 2005, no muy conocidas en España, y por el propio Rivero en el 2010. La calidad de culturista de Salvador y una lectura superficial del título de la serie "Poemas para un cuerpo", de la que es inspirador, podrían hacer pensar que Luis Cernuda sólo sentía por él una fuerte atracción física; sin embargo, Salvador se nos revela una persona sensible y consciente de la formación que Cernuda le dio. Así pues, como oportunamente apunta Rivero, la relación se sitúa en la órbita de la *paideia* griega. Lo contado aquí por Salvador sirve para iluminar las otras relaciones amorosas

del poeta, en las cuales cabe observar como característica común no que sus amados fueran guapos y necesitados, como se ha dicho (ni Gerardo ni Richardson ni seguramente los estudiantes británicos eran pobres), sino que gustaran de la cultura. Gerardo Carmona pertenecía al círculo de jóvenes del entorno de *Litoral*. Richardson era poeta. De los amores de Glasgow y Cambridge, estudiantes de nombre desconocido, él mismo dice que son inteligentes e interesantes. Casi un mendigo sí era Serafín cuando entró en la vida de Cernuda, pero acaba escribiendo poemas, dirigiendo teatro y convirtiéndose en una persona culta. Pero hay más, Salvador afirma que no tuvieron relaciones sexuales. Tanto Bertrán como Rivero creen que es sincero y apuntan hacia una relación de corte platónico. ¿Será verdad? Sorprende desde luego dicha afirmación dada la fama de Cernuda, pero ya vimos en su juventud cuán dado era a vivir amores platónicos en el sentido más vulgar del término. ¿Pretendería Cernuda vivir en la madurez un amor platónico en sentido estricto, es decir, ir escalando los distintos peldaños para la contemplación de la Belleza en sí, de la que habla Platón en el *Banquete* por boca de Diotima, para lo cual sería necesaria la abstinencia carnal con el amado? Ya en México, en carta de febrero del 59 a Concha de Albornoz (749 del *Epistolario*), le pide que rescate del sótano de su residencia en Mount Holyoke las obras completas de Platón en traducción inglesa, que eran de su propiedad, prueba de su apego por los textos del filósofo griego. Es curioso que Salvador diga que, incluso llegando a dormir en la misma habitación de hotel, sólo llegaron a algún abrazo fuerte, algún beso en la mejilla, justamente como Sócrates y Alcibíades, por voluntad del primero, en el *Banquete*. La etapa británica puede dar la respuesta. En ella escribe el poema "Urania", de elevado tono neoplatónico, donde afirma querer servir a la Afrodita Celeste, es decir, al amor sublimado y no voluptuoso. Rivero habla del carácter platónico de la serie de poemas dedicada a ese amor vivido de forma tan extraña en Cambridge y Gregorio Prieto refiere la castidad de Cernuda en Londres, en pro de su poesía. Como argumentos en contra estarían tanto la no creencia en ella de José Luis Cano, pero este trata personalmente al poeta sólo en la época juvenil, como la propia imagen que da de sí mismo en los relatos "Duo" y "Pasando el tiempo" de *Variaciones para un tema mexicano*. Con todo, no se debe olvidar que *Variaciones* es un libro poético y su componente autobiográfico puede sacrificarse a los imperativos de la ficción. Por eso no debemos tomar al pie de la letra lo que allí se cuenta. Así, en el relato "Propiedades" de *Variaciones*, un claro diálogo platónico, el joven amado de Albanio es denominado Choco. Rivero se pregunta si se trata de un amor mexicano del poeta anterior a Salvador o del propio Salvador, al que también llamaban Choco. Entre los argumentos a favor de la no identifi-

cación arguye que el Choco de "Propiedades" es huérfano, tal como allí se dice y Salvador no lo es; sin embargo, para mí está claro por el contexto que la orfandad de Choco tiene un valor simbólico, pues es prueba del absoluto desposeimiento del muchacho. Téngase en cuenta además que la orfandad es una de las características del amado perfecto de las que habla Sócrates con cierta ironía en el *Fedro*. El Choco del relato es ante todo un personaje de ficción, por mucho que detrás de su nombre y de algunos de sus rasgos pueda esconderse un amor real del poeta.

El idealismo llevó a Cernuda a las penosas circunstancias económicas de sus años mexicanos, donde sobreviviría gracias a la ayuda de unos pocos amigos. El poeta presagiaba además una muerte cercana y todo ello explica el tono y contenido de su última obra poética, *Desolación de la Quimera*, ayudando a comprender sus asperezas, siempre tan criticadas, y su exacta dimensión de libro de despedida, pensado como testamento, no elaborado desde el punto de vista del vivo, sino desde la mirada póstuma. Así debe enjuiciarse un poema como "Malentendu", donde ataca a Pedro Salinas sin tener en cuenta su condición de hombre difunto: él no tiene reparos morales porque se ve ya muerto y los dos están en plano de igualdad.

Cuenta Gil-Albert que un día el poeta le confesó que su mito griego preferido era el de Apolo y Dafne, pues al hombre todo lo buscado con afán se le convierte en algo distinto nada más alcanzado. Esta interpretación fatalista que hacía Cernuda del hermoso mito se le reveló al poeta alicantino información esencial para conocer tanto al hombre como al artista. Ciertamente, una vez leído este magnífico ensayo sobre su vida, si tuviera que buscar, tal como al poeta adolescente aconsejara su profesor de retórica, un asidero plástico con el que explicarla, no hallaría otro mejor que la imagen de ese momento: el instante justo en el que Dafne, apenas alcanzada por Apolo, se convierte en laurel. La realidad y el deseo: el eterno conflicto. Apolo, Dafne y el laurel. El laurel del poeta.